

EL DON DE MARAVILLARSE⁹

La capacidad de admirarse, asombrarse y maravillarse es una característica de la infancia. Es también uno de los aspectos que más marcan el espíritu de la infancia, del cual habla el Evangelio y al que nos referiremos más tarde.

Pero antes de ver su alcance cristiano, cabe destacar que esta capacidad es constitutiva del ser humano; de su verdad, de su dinamismo y de su equilibrio. Cuenta como una de las dimensiones esenciales del hombre, sin la cual éste se degrada. Camus habla de “esas dos sedes que no se pueden engañar por mucho tiempo sin que el ser se debilite: admirar y amar”¹⁰. Y Jean Lacroix nos da la razón: “admirar es salir de sí, desbordarse hacia los demás”¹¹.

Comencemos examinando en qué sentido el maravillarse se hace particularmente necesario para reequilibrar ciertos aspectos de la vida actual. Estos aspectos serán escogidos, como se verá, en direcciones muy diversas.

I. El Maravillarse y el Espíritu Crítico

Hoy en día, nos amenaza la hipertrofia de la crítica. Es verdad que a título de método científico, el espíritu crítico –aunque no sea más que por sus resultados– se justifica plenamente en su duda sistemática y su voluntad de verificarlo todo. Efectivamente, a título de método consciente, en el interior de una ciencia que se sabe que es una aproximación precisa y parcial a la realidad, la crítica es legítima. Pero se corre el fuerte riesgo de que ella invada el espíritu, y esto, de una manera inconsciente y finalmente poco crítica. Entonces, ya no se trata sólo de un método, sino de una actitud general del ser, actitud según la cual sólo la desconfianza y el recelo parecen lúcidos e inteligentes. Se cae así, por miedo conformista al conformismo, por miedo ingenuo a ser ingenuo, en la amargura intelectual, la acidez y la negatividad. De hecho, a fuerza de verter ácido sobre todo, nos quedamos sin nada.

No es que la voluntad de mostrarse crítico, no sólo en la ciencia sino en toda nuestra existencia, sea rechazable. Nosotros somos más críticos que nuestros antepasados, los cuales a nuestros ojos aparecen más fatalistas, aceptando más fácilmente que nosotros la realidad con sus limitaciones, sus accidentes y su tragedia. Antes no se la podía cambiar mucho, mientras que ahora tenemos conciencia de poder cambiar las cosas. Las posibilidades técnicas nos han hecho más exigentes, emprendedores y eficaces, también en la lucha contra las calamidades y en la previsión y organización de la solidaridad. Todo esto sería bueno, si su consecuencia no fuera el riesgo de hacer de nosotros descontentos eternos, que arrastran sin cesar un sentimiento de derrota, frustración e injusticia.

De manera que el énfasis actual sobre el espíritu crítico reclama de nosotros una forma más voluntaria, consciente y atenta de vivir el maravillarse. La crítica es la determinación de mantenerse a distancia de la persona, cosa o hecho; una manera de mirar desde el exterior, fríamente, sin comprometerse. (Entonces se debería, fríamente también, discernir las razones subjetivas y apasionadas que pueden jugar un papel en este distanciamiento).

⁹ De *Collectanea Cisterciensia*, Tomo 39 - 1977 -3. Tradujo: Monasterio de La Dehesa. Chile.

¹⁰ “Retour à Tipasa”, en *L'été*, Paris, N.R.F., p. 156. Cf. También *Discours de Suède*, Paris 1958, p. 69: “Esa alegría suprema de la inteligencia que tiene por nombre admiración”.

¹¹ *Force et faiblesse de la famille*, Paris 1948, p. 90.

El maravillarse, por su parte, constituye una actitud complementaria, ya que es una mirada que conscientemente nos compromete y que no nos deja ajenos a la cosa, persona o hecho. El maravillarse es acogida, relación espontáneamente calurosa y gratuita; es ímpetu, disponibilidad y libertad.

2. El Maravillarse y la Información

Inevitablemente, la información, por más fiel y honesta que pretenda ser, deforma. Ya sean los periódicos o los medios de comunicación en general, o lo que se dice de boca en boca, la información es deformante, aunque no sea más que por su manera de escoger, de acentuar y de encuadrar los eventos, cortándolos del tejido de la realidad. Porque la información no retiene en su filtro más que lo poco corriente, lo sorprendente, y lo que es más, ella es propensa a retener sólo lo poco corriente que es malo, escandaloso y trágico, porque es esto lo que impacta más a nuestro espíritu.

Efectivamente, sin ser necesariamente masoquistas o amargados, por lo general nos impacta más el mal que el bien, la derrota más que el éxito. El mal es habitualmente más violento y visible, mientras que el bien actúa más a menudo como una fuerza lenta, escondida, secreta y humilde, que no atrae la mirada ni suscita cámaras y entrevistas. Sólo una atención sostenida puede discernirlo. El bien es como la subida lenta de la savia; el mal, como un tiro de revólver. El bien construye, el mal destruye y casi siempre hace falta infinitamente más tiempo para edificar que para destruir. Pero el problema está probablemente también, y por principio, en nuestro espíritu: para hablar de éxitos, ¿no deben ellos parecer casi totales? En cambio concluimos que hay fracasos, aunque éstos sean sólo parciales.

Frente a este riesgo de información en todas sus formas, no se trata ciertamente de reaccionar forzándose a encontrar todo bien, o de cerrar los ojos para no ver el mal. Se trata simplemente de restablecer la verdad y de ver la realidad desde un punto de vista más justo. Y para esto, poner atención expresamente en lo que atrae menos la mirada, o sea, maravillarse también de las victorias del amor y la fidelidad, de lo que construye la paz y del porcentaje de éxito de cada proyecto. La capacidad de maravillarse funcionará así como una actitud no conformista, de lucidez y de ampliación de horizontes.

3. Voluntarismo y Maravillarse

La movilización de nuestra voluntad, aunque legítima y necesaria, corre el riesgo de provocar en nosotros tensiones, una exageración del deber y un estrechamiento de la atención sobre lo que se requiere de nosotros. En consecuencia, la vida corre el riesgo de parecer una prisión, un tejido de obligaciones, una aflicción y un aburrimiento. Pero los hombres de hoy manifiestan una alergia muy fuerte a todo lo que se asemeja a una limitación, a todo lo que puede ser sentido como una alienación.

Sin embargo, no hay vida humana digna de este nombre que no lleve consigo deberes y limitaciones. Y la existencia cristiana, por su parte, pone en movimiento la voluntad, pues el Evangelio, proclamando la gracia, está lejos de suprimir todo aspecto de deber o toda llamada a la responsabilidad. Para disminuir la impresión de limitación, se trata a menudo, hoy en día, de aligerar las exigencias, corriendo el riesgo de debilitar otro tanto el poder del Evangelio, de aplanar su punta y, finalmente, de deshumanizar al hombre. Pues el ser humano sólo existe como una llamada a superarse. Por otra parte, hay que hacer constar que la disminución de las exigencias no lleva consigo, en la misma medida, un aumento del sentimiento de libertad, pues mientras quede algo de exigencia, si se la siente como exterior y extrínseca, ella parecerá forzosamente un factor de limitación y de alienación.

¿No estaría la única solución, entonces, en el maravillarse? De hecho, no se trata, sino muy parcialmente, de disminuir la movilización de la voluntad, sino de cuidar que ésta sea como envuelta, al mismo tiempo que habitada en el interior, por una convicción previa, por un ímpetu del ser, por una libertad. Es el secreto para que la voluntad no viva su movilización como una limitación exterior.

Dicho de otra forma, es importante que la admiración por el proyecto que se ha de vivir sea siempre más vasta que el esfuerzo; es importante que el despliegue del esfuerzo surja claramente como la consecuencia de un maravillarse. Por ejemplo, es indispensable, si se quiere vivir la vida cristiana como libertad, que la admiración por Dios y su llamada sea muy explícitamente la razón y el marco del esfuerzo que requiere la obediencia al Evangelio.

4. ¿Qué es el Maravillarse?

Ha llegado el momento de preguntarnos, más profundamente, qué es este maravillarse. Es una cierta calidad de la atención, diríamos, y también una cierta manera de recordar, porque la atención al presente no es simplemente puntual e instantánea; ella da sentido a lo que ha pasado y saca de esto sentido para el futuro, de suerte que se dinamiza y se orienta hacia el porvenir.

Esta atención no es puramente espontánea; ella representa, al contrario, una conquista y un ejercicio paciente. Consiste en un rechazo de la negligencia, de la indiferencia, de la superficialidad y del amodorramiento en sí mismo. Rehúsa quedarse en la superficie de las cosas, dejarse resbalar por la inclinación más inmediata, correr a lo más fácil o adoptar perezosamente las consignas de moda. Es fresca de los sentidos y del espíritu.

La atención actúa en diversos planos: la naturaleza, el arte, las cualidades del prójimo y la obra de la gracia en él, también en el misterio de Dios y su revelación en el mundo y en la historia... Sería una verdadera ingratitud no cultivar la perspicacia, al mismo tiempo que la simpatía por la atención en su anchura y profundidad, y no desplegar el don de maravillarse.

Pero de todas maneras no podemos percibirlo todo, grabarlo todo, y no perder nada de lo que se ofrece a nuestra admiración. Inevitablemente se produce un encasillamiento. Pero si se hace espontánea y pasivamente, esto será siempre en función de nosotros mismos, en función de nuestro ser más obtuso y egocéntrico. El maravillarse consiste siempre en un arrancarse a este egocentrismo, en un retroceso, en una apertura; hay un desprendimiento en el maravillarse, un desprendimiento con respecto a eso que indebidamente nos tapa los ojos; pero esto será con el fin de fijar la atención mejor sobre lo que se haya escogido mirar. Esa es la diferencia que se puede establecer entre “echar un vistazo” y “fijar su mirada” sobre algo; la diferencia entre la negligencia y el respeto, entre la rutina y la agudeza de una presencia de sí a lo que merece atención.

Conviene aquí recordar que los demás pueden ayudarnos a progresar en esta calidad y disponibilidad de la atención. Ciertos seres nos impresionan por el don natural que han sabido ejercitar; por su manera de ver, de escuchar, de observar; por su capacidad de discernir las armonías, las conexiones, los símbolos y de ligar así muy diversos planos de la existencia humana. Ellos nos impresionan también por el calor de su sensibilidad, por la delicadeza de sus sentimientos y por su manera de transformar sus conocimientos en inteligencia. ¿No son ellos para nosotros iniciadores, guías y, cuando menos, una invitación existencial a progresar en este sentido?

¿Y no es la vocación del arte, el servicio de los artistas, la de ofrecernos el medio de renovar nuestra visión y oído, de ejercitar nuestra sensibilidad y nuestra capacidad de admiración? ¿Y aún antes, de ejercitarlas y de renovarlas, de despertarlas, de hacernos tomar conciencia de ellas, fuera de sorprendernos y desconcertarnos?

Ya hemos señalado anteriormente que no se trata de grabar todo y de no dejar perder nada. Se trata de estar en vigilia, pero no en una alerta febril. Hay un umbral, diferente para cada persona, a partir del cual, la atención, afanándose por no dejar escapar nada, siembra la inatención en el espíritu. De la misma manera hay un umbral opuesto, a partir del cual la concentración sobre un área de vida se convierte en ceguera. En los dos casos se puede recordar la frase del físico Oppenheimer: “Nos será difícil mantener nuestros espíritus abiertos y con profundidad”¹².

5. Amor y el Maravillarse

El don de maravillarse es, entonces, indispensable para una calidad de vida simplemente humana. Pero de una manera más necesaria aún, él constituye una dimensión de la misma fe. Y en primer lugar, una dimensión de la mirada que la fe dirige al prójimo para amarlo. El maravillarse, consciente y voluntariamente, será el antídoto contra nuestra inclinación espontánea a suponer el mal en el prójimo.

Ahora bien, esta suposición, con la crítica que conlleva, y la dificultad de soportar al prójimo, están a menudo relacionadas, sin que lo sepamos, con un defecto que nos negamos a ver en nosotros; una parte de nuestra personalidad que detestamos y de la cual renegamos; o una debilidad en nosotros, que nos da vergüenza. Nuestra crítica, en este caso, no es sino una autodefensa inconsciente. Convendría, entonces, preguntarse apaciblemente de dónde viene en nosotros esta necesidad de defendernos atacando a los demás. A menos que no busquemos en los demás un pretexto para justificar la envidia o la culpabilidad que suscitan en nosotros sus cualidades o sus triunfos. “Rara virtud, decía San Bernardo, la de no envidiar la de los otros, y aun más, la de alegrarse y de felicitarlos en la medida en que uno juzga que su virtud supera la nuestra”¹³.

Soportar al prójimo implica, entonces, la capacidad de soportarnos a nosotros mismos; y la posibilidad de admirar al otro, supone la libertad de maravillarse, ciertamente no de sí mismo, sino de la obra de Dios en uno y de su amor paciente para con nosotros.

Pero se dirá, el maravillarse no puede ser una especie de método de autosugestión ; tiene que ser verdadero. Sí, pero, precisamente, ser verdadero no es ser negativo por principio; únicamente negativa y sin misericordia, la verdad no es más que severidad, mientras que sin verdad, la misericordia no es más que miseria¹⁴.

6. El Maravillarse, un Don Espiritual

¿Por qué hablar de un don a propósito del maravillarse? Ante todo, parece que se trata de una cualidad de la cual uno está naturalmente más o menos dotado, para la cual uno tiene mayor o menor aptitud. De todas maneras es preciso que este don sea recibido activamente, tomado en serio y desarrollado.

Pero por otra parte, y más radicalmente, el maravillarse es un don del Espíritu Santo. Porque humanamente uno no se puede maravillar siempre; no más que lo que se puede estar “siempre contento”, que es a lo que nos exhorta el apóstol (*Flp* 4,4). Uno no se regocija, no se maravilla espontáneamente, sino cuando todo va bien. El don espiritual de maravillarse está íntimamente ligado a la fe, a la fe que consiste, como dice San Pablo, en saber que las cosas visibles son pasajeras y que sólo las invisibles son eternas (*2 Co* 4,18), aunque las cosas visibles nos sean

¹² “*Perspectives sur les arts et les sciences*”, citado en *Signes des Temps*, 1967, 3, p. 18.

¹³ *In Cant.* 49,7.

¹⁴ Este juego de palabras es de san Bernardo: *Sent*, III,23.

signos de las invisibles, según la mirada que se les dirija. Además puede ser, que visible o invisible, se trate de la misma realidad, pero con una cara de sombra –la que nosotros vemos– y una de luz, que es la que desciframos en la fe.

La cuestión que se plantea finalmente es la siguiente: ¿Qué es lo que la Pascua cambia en la manera de ver todo ser, toda cosa, todo evento? ¿Cómo ver todo a la luz del Resucitado y del porvenir que El inaugura?

Esto no significa forzosamente encontrar todo bien, sino acceder a un mirar profundo, libre con respecto al medio ambiente, un mirar conforme a la fe, una manera de poner la realidad en perspectiva, de situarla sobre un fondo de promesa y de desarrollo. En breve, verlo todo con los ojos de Dios (o cuando menos adivinar lo maravilloso que sería esta visión) y desear una visión transfigurada... y por lo tanto transfigurante.

El maravillarse está en relación estrecha con el espíritu de pobreza, pues el frescor en la mirada depende de la capacidad de transparentarse o de desprenderse de sí mismo y está ligado a la simplicidad de reconocer que uno carece de derechos: ¿Qué poseemos que no nos haya sido dado? (*1 Co 4,7*). En el mismo sentido, el don de maravillarse está emparentado de cerca con el espíritu de la infancia. No se trata de una regresión infantil, ni de una manera de embobarse, ni se trata tampoco de la actitud del extasiado de los cantones de Provenza, ese personaje simpático ciertamente, pero poco responsable. No se debe tender hacia la infancia como por una detención del crecimiento o por una regresión, sino por un avance hacia la infancia futura, que está en el orden del Reino.

7. Un Equilibrio entre Todo y Nada

¿No residirá el secreto del espíritu de maravillarse en la capacidad de reconciliar dos actitudes casi contradictorias: la de querer todo y la de contentarse con muy poco?

Pero cuidado, estas dos actitudes no van una sin la otra. Porque querer todo de inmediato es la impaciencia de la necesidad, la etapa de la lactancia; y crecer es aprender a transformar las necesidades en deseos y a manifestarlos. Quererlo todo es vivir en la irrealidad, en el sueño ineficaz; es estar siempre desengañado, porque ese deseo inmediato vuelve a nosotros como una acusación de fracaso e impotencia. Es verdaderamente, en ese caso, la muerte del maravillarse.

Por otra parte, contentarse únicamente con muy poco, es instalarse en la mediocridad y cortar de tal manera las alas a nuestros deseos, que ellos ya no nos importan más. Es satisfacerse a un precio vil; actitud del escéptico, que es también ella, la muerte del maravillarse.

Sin embargo, tanto en la una como en la otra de estas actitudes, hay algo de justo; quererlo todo corresponde a ese deseo de lo infinito en nosotros, que califica muy precisamente al ser humano. Somos llevados por un llamado a llegar a ser infinitamente más de lo que somos. Ese es el molde del signo que indica que somos creados por Dios para hacernos sus huéspedes y amigos. Pero precisamente no hay que dejar que este deseo infinito se fije y amolde sobre algo que no sea Dios y su Reino. Porque ¿no es el colmo de lo absurdo desear infinitamente algo finito? Es sin embargo, nuestra constante tentación. He ahí por qué –y aquí la fe se encuentra con la psicología– este deseo debe ser incesantemente superado.

Por otra parte, contentarse con muy poco encierra cierta sabiduría, un sano realismo, una auténtica humildad, la conciencia de vivir en un mundo en desarrollo y de estar exiliado en él –y en éxodo. Hemos podido experimentar “qué difíciles son las cosas y qué pocos tienen éxitos”¹⁵ – y nunca al cien por ciento. Sí, hay sabiduría en saber reconocer lo positivo, aun cuando esto

¹⁵ Pie DUPLOYÉ, a propósito del P. DONCOEUR en *Les origines du C.P.L.*, Paris 1968, p. 66.

último se sitúa más cerca de nada que de todo. Hay sabiduría, entonces, al decir: “No es todo, pero no es nada.”

De esto no nos queda sino que en este sano realismo no puede hallarse una sabiduría, una auténtica pobreza espiritual y una fuente de maravillarse, a menos que sea llenado por el deseo infinito que lo eleva y lo expande inmensamente. Lo mismo que, a la inversa, el deseo infinito no puede quedar como una apertura hacia el futuro, a menos que sea llenado por la capacidad actual de contentarse con poco. Así el presente, dentro de su relatividad y sus ambigüedades, no será desvalorizado por la espera del futuro, sino que aparecerá como la germinación actual de ese futuro, es decir, del Reino. Verdaderamente, en quererlo todo y contentarse con muy poco está el secreto del maravillarse, que no es ni ingenuo ni ilusorio.

8. El Maravillarse y la Palabra de Dios

Don del espíritu y dimensión de la fe, el maravillarse tendrá como fuente principal la Escritura, leída y meditada. ¿De qué asombrarse en primer lugar, con una admiración sin límites, sino de que Dios nos ha dado el conocimiento de su plan eterno? (*Ef 3,3*). Este designio mantenido secreto por siglos (*Col 1,26*) nos es develado a través de la palabra de los apóstoles en la Encarnación de Cristo. Dios nos ha escogido desde siempre, en conjunto, pero también personalmente, para ser los compañeros de su juego, los artesanos de su obra, los invitados a su mesa y a su vida, los hermanos y amigos de su Hijo. Y todo lo que sucede es el desarrollo de su proyecto: un desarrollo sinuoso, caótico, vacilante aún, en apariencia a la manera de una corriente de agua, que sabiendo siempre adonde va, busca su paso entre mil obstáculos.

Si tal es nuestra perspectiva de la historia en general y del curso de nuestra vida en particular; si nada de lo que sucede tiene para nosotros sentido en sí, sino sólo dentro del desarrollo del proyecto de Dios, totalmente tendido hacia el Reino, entonces el maravillarse está fundado sobre piedra.

El maravillarse lleva consigo un historial de actos de Dios en el pasado (el de la humanidad y el nuestro). Pero en este pasado, el recuerdo no pone todo sobre el mismo plano; él se ordena alrededor de la muerte y resurrección de Cristo. Y este pasado será el telón de fondo necesario para discernir la presencia activa de Dios hoy –un hoy que es como el surco donde maduró el cumplimiento de las promesas.

En lo que concierne al maravillarse por la creación, en tanto que obra de Dios, se deben distinguir dos familias de espíritus: unos, que por la admiración de lo creado son conducidos a la admiración de Dios; otros, a quienes lo creado correría el riesgo de desviarlos de Dios, son llevados a la admiración de lo creado a partir de su maravillarse frente a Dios.

9. El Maravillarse y la Alabanza

El maravillarse, al renovarse en la escucha de la Palabra de Dios –leída en privado, predicada en la Iglesia, compartida con otros o comentada de muchas formas– brota como alabanza. Esto no es, por otra parte, sino la Palabra de Dios regresando a Dios. Entre la Palabra de Dios que oímos y nuestra respuesta de alabanza y reconocimiento, el maravillarse es como una bisagra, el pasaje obligado de una a otra. Y, finalmente, la alabanza y la acción de gracias no son otra cosa que la expresión del maravillarse, proclamado frente a Dios, en voz alta en la Liturgia; y en silencio, dentro de nuestro corazón.

Ahora bien, la alabanza, el reconocimiento y la admiración, que es su base, no tienen nada de marginal en la existencia cristiana. No es cuestión de dedicarse a ellos si se tuviera el gusto o el tiempo, o por el contrario hacer de ellos una especialización. No, son esenciales pues el hombre

ha sido creado para esto, y en la medida que está ordenada para este fin, la vida monástica no está situada al margen del mundo del hombre, sino en su centro. De hecho, el hombre fue creado para responder a la gracia de Dios por la acción de la gracia, la cual consiste en devolver a Dios su gracia, en reconocer que ella viene de Él. Esta es la estructura misma de la alianza, la estructura de la comunión.

A los que dicen: lo esencial para el cristiano es actuar, luchar por la justicia y la verdad, trabajar para construir el amor, hay que responderles que esto es cierto; pero la acción conlleva ambigüedades, puede llegar a ser una manera subrepticia de hacerse valer, puede desviarse de su fin, asemejarse a una idea fija y puede engañarnos y ser distorsionada. De todas maneras, para ser efectiva, la acción concentra su atención sobre un proyecto preciso, pero al mismo tiempo restringe el campo de visión.

¿Dónde retomará la acción aliento, o dónde reencontrará regularmente su verdadero sentido, o dónde se renovará en su carácter de celebración, aun en lo más arduo de la lucha? En la acción de gracias de la alabanza, que será como el ambiente en el cual se quiere actuar y el fin por el cual uno se esfuerza para construir el amor y la justicia.

Desde hace diez años, posiblemente se sabe un poco mejor en el mundo cristiano, marcado por la secularización, que el militante atareado de una parte, y de otra parte, el ocioso cantando cánticos, son caricaturas. El hombre está hecho para dar a Dios su gracia a través de lo que él es: acción y reposo, trabajo y fiesta, lucha y contemplación, militancia y liturgia.

¿Se puede vivir sin oxígeno? Igualmente, nos marchitamos humanamente sin alabanza y en consecuencia sin el don de maravillarse. “Todas las almas sin alabanza están condenadas a la desesperanza” decía Patrice de la Tour du Pin¹⁶. Tal es la vocación del hombre, recibirse a sí mismo de Dios, recibir a Dios del mundo en un movimiento de libertad, gratuidad y de amor. Pensemos en estos versos de Claudel:

Estas cosas que nos alejan de TI, si queremos,
hay una manera de devolvértelas¹⁷.

Es todo el sentido del Cántico de las criaturas tan típico de *Laudes* del Domingo: convocación a toda la creación para bendecir al Señor. Y el Salmo 150 es como el resumen: “Todo ser que alienta que alabe al Señor”.

¿No es acaso la alabanza maravillada, que tiende a colorear toda la vida, el medio para reconciliar en nosotros la riqueza y la pobreza, el medio de poseerlo todo sin retener nada?

Lo que se descubre entonces, con nuevo asombro, es que la alabanza no se agota, porque se nutre de ella misma y nos renueva como una fuerza interior. “Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote” (*Sal* 62,5). Guido el Cartujo exclama: “Señor, abre mis labios y nútreme de tu alabanza. Tu alabanza es verdadero alimento... Desgraciados los que se quedan en ayunas de tu alabanza; se quedan sentados sobre estiércol bebiéndose la orina de sus pecados”¹⁸. No vayan a pensar que puedan agotarse en la alabanza, dice san Agustín. “Vuestra alabanza es como una comida; mientras más alaban más fuerza toman y también más precioso se hace Aquel al que alaban”¹⁹.

¹⁶ *Somme de poésie*, II, p. 462.

¹⁷ Texto en francés:

“*Ces choses*

pour pour nous éloigner de vous, si nous le voulons,

il y a moyen de vous les rendre!” (*La messe là-bas*, Paris, N.R.F., p. 59).

¹⁸ *Méditations*, III, *Sources chrétiennes* 163, p. 136, citando *Is* 36,12. 10.

¹⁹ En *Sal* 99,17.

Fuerza interior, la alabanza es también un poder que nos libra del mal del descorazonamiento, de la tentación, de la complacencia con respecto a lo mórbido, un poder que exorciza. “Yo exclamo: ¡Alabado sea el Señor y quedo libre de mis enemigos!”.

Taizé. Francia

